

Jesucristo, que en ella plenamente reside, para de lleno comunicarse a los verdaderos miembros de Jesucristo y a los verdaderos santos. ⁽⁵⁾

⁽⁵⁾ Si llamamos a María Madre nuestra, no es tan sólo por un sentimiento de piedad y gratitud, en retorno de su amor y su protección, sino porque tan realmente es nuestra Madre por la gracia, como Madre de Cristo por la carne. Esta maternidad espiritual de María, consecuencia de su maternidad divina, es una de las verdades en que se funda la devoción del Santo Grignon de Montfort (P. Lhomeau.)

13. PORQUE EL ESPÍRITU SANTO HA PRODUCIDO A LOS PREDESTINADOS POR MEDIO DE MARÍA.

7. El Espíritu Santo, que se desposó con María, y en Ella, por Ella y de Ella, produjo su obra maestra, el Verbo encarnado Jesucristo, como jamás la ha repudiado, continúa produciendo todos los días en Ella y por Ella a los predestinados, por verdadero aunque misterioso modo.

14. PORQUE MARÍA ESTÁ ENCARGADA DE ALIMENTAR LAS ALMAS.

8. María ha recibido de Dios particular dominio sobre las almas, para alimentarlas y hacerlas crecer en Él. Aun llega a decir San Agustín que en este mundo los predestinados todos están encerrados en el seno de María, y que no salen a la luz hasta que esta buena Madre les conduce a la vida eterna. Por consiguiente, así como el niño saca todo su alimento de la madre, que se lo da proporcionado a su debilidad, así los predestinados sacan todo su alimento espiritual y toda su fuerza de María ⁽⁶⁾

⁽⁶⁾ Trátase aquí de la vida de dependencia que un infante tiene respecto a su madre. Imposible practicar la vida de infancia (que tanto quería Santa Teresa del Niño Jesús) sin estar estrechamente unidos con nuestra Madre, dependiendo en todo su influjo. Por no comprender esto fracasan tantas almas en sus santos propósitos de vivir en la infancia espiritual. Sin María no hay infantes, sino monstruos o entecos: con María todo es fácil y proporcionado a nuestra debilidad; todo conforme a las aspiraciones profundas que nos impelen a Ella, a Jesús, a Dios.

15. PORQUE MARÍA DEBE HABITAR EN LOS PREDESTINADOS.

9. María es a quien ha dicho el Padre: [**in Jacob inhabita**], hija mía, mora en Jacob es decir, en mis escogidos, figurados por Jacob; María es a quien ha dicho el Hijo: [**in Israel haereditare**], hereda en Israel, madre querida, es decir, en los predestinados; María es, al fin, a quien ha dicho el Espíritu Santo: [**in electis meis mitte radices,**] arraiga fiel esposa, en mis elegidos. Quienquiera, pues, que sea elegido o predestinado, tiene a María por moradora de su casa, es decir, de su alma ⁽⁷⁾

⁽⁷⁾ Mora María en nuestras almas, no por presencia de obichidad, propia de la Divinidad tan sólo, sino por otras tres maneras de estar presente, por visión, por acción y por unión mística.

I. Nos ve en Dios y por el título único de Madre de Jesús y de nuestras almas, su conocimiento penetra hasta lo más íntimo de nuestro ser; su mirada y su pensamiento están, por lo tanto, en nosotros; aunque nosotros no estemos dispuestos a agotar el manantial de riquezas que este modo de presencia supone para nosotros, ni a portarnos con la seriedad y la ale-

gría propia del alma que esto comprende y consiente en vivir por completo a la vista de su Soberana y su Madre.

II. **Obra Ella sobre nosotros y en nosotros** y también por **medio de nosotros**. Influye hasta dentro de nosotros por sus oraciones, por sus virtudes, por las gracias que nos transmite, por la educación que nos da, por los consejos y las órdenes con que nos gobierna.

III. María mora en nosotros **principalmente** porque en el alma que está en gracia se da un estado de amor sobrenatural, que implica presencia de **unión** mística con Nuestro Señor y con María, en la cual, según los teólogos y maestros de la vida espiritual, **el ser que ama está en el amado y recíprocamente**. Santo Tomás.

Si aun en el orden natural el amor, como tal, toca directamente e indirectamente a su objeto, independientemente de la distancia física que les separa, ¿qué decir del amor sobrenatural y del todo divino, que hace seamos **uno** en Cristo y en el Padre, como dice Nuestro Señor? En virtud, pues, de este amor sobrenatural tenemos con María una unión de presencia verdaderamente inefable. Nuestras cotidianas faltas e imperfecciones nos impiden con frecuencia comprenderla y gustarla; que tal unión no se revela magníficamente sino a las almas sencillas y fieles llenas de pureza y amor.

Por parte de María no queda; **siempre** su amor maternal lo transporta así al medio de nuestras almas. Plegue a Dios que por nuestra parte haya valeroso esfuerzo para la unión con ella y aun la unidad amorosa con esta Madre del Amor hermoso.

y la deja echar raíces de humildad profunda, de caridad ardiente y de todas las virtudes.

16. PORQUE MARÍA ES EL MOLDE VIVIENTE DE DIOS Y DE LOS SANTOS.

Molde viviente de Dios, [**forma Dei**], llama San Agustín a María y, en efecto, lo es. Quiero decir que en ella sola se formó Dios hombre, al natural, sin que rasgo alguno de divinidad le faltara; y en ella sola también puede formarse el hombre en Dios, al natural, en cuanto es capaz de ello la naturaleza humana, con la gracia de Jesucristo.

De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua o retrato: primera, con fuerza y saber y buenos instrumentos puede labrar la figura en materia dura e informe; y segunda, puede vaciarla en un molde. Largo, difícil, expuesto a muchos tropiezos es el primer modo; un golpe mal dado, de cincel o de martillo, basta, a veces, para echarlo a perder todo. **Pronto, fácil y suave** es el segundo, casi sin trabajo y sin gastos, con tal que el molde sea perfecto y que represente al natural la figura; con tal que la materia de que nos sirvamos sea manejable y de ningún modo resista a la mano.

17. MOLDE PERFECTO EN SÍ MISMO, Y QUE NOS HACE PERFECTOS EN JESUCRISTO.

El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo, para formar al natural un Dios-hombre, por la **unión hipostática**, y para formar un hombre-Dios por la **gracia**, es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde; cualquiera que se meta en él y **se deje manejar**, ⁽⁸⁾

⁽⁸⁾ Nada le falta a María: es molde perfecto y divino presto siempre a recibir a las almas, para transformarlas en Jesucristo. De nuestra parte sí